

Contemplaciones literarias: estudios y letras en la investigación formativa

Fáber Andrés Piedrahíta Lara
Danny Jean Paul Mejía Holguín
Compiladores



Universidad
Pontificia
Bolivariana

300

Piedrahíta Lara, Fáber Andrés, compilador
Contemplaciones literarias: estudios y letras en la investigación
formativa/ Fáber Andrés Piedrahíta Lara y otros ocho -- 1 edición--
Medellín: UPB, 2022 -- 159 páginas.
ISBN: 978-628-500-074-4 (versión digital)

1. Teoría literaria 2. Investigación e información
3. Estudios literarios

CO-MdUPB / spa / RDA / SCDD 21 /

© Sebastián Montaña Escudero
© María Sofía Cadavid Uribe
© Karen Osorio Moncada
© Jorge Iván Gómez Molina
© Diego Esteban Higueta Manco
© Andrea Restrepo Hernández
© Felipe Gómez Patiño
© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

Contemplaciones literarias: estudios y letras en la investigación formativa

ISBN: 978-628-500-074-4

DOI: <http://doi.org/10.18566/978-628-500-074-4>

Primera edición, 2022

Escuela de Educación y Pedagogía

Facultad de Educación

CIDI. Grupo: Pedagogía y Didácticas de los Saberes, Lengua y Cultura. Proyecto: Línea de Educabilidad del Sujeto del grupo de investigación Pedagogía y Didácticas de los Saberes; e Hipertextualidad Expandida correspondiente a la Línea de Investigación Cultura.

Radicados: 382C-11/18-32 y 391C-11/18-50

Gran Canciller UPB y Obispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Pbro. Magíster Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Coordinadora (e) Editorial: Maricela Gómez Vargas

Coordinación de Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diseño y diagramación: Editorial UPB

Corrección de Estilo: Juan David Villa

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2022

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Telefax: (57)(4) 354 4565

A.A. 56006 - Medellín - Colombia

Radicado: 2222-11-08-22

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

El amor, la pasión y la crueldad: acontecimientos de transformación en la novela *Lolita*

Sebastián Montaña Escudero

Resumen

En este capítulo se analiza, bajo un proceso hermenéutico, la novela *Lolita* de Vladimir Nabokov. Dicho análisis consiste en abordar los acontecimientos de la novela desde un punto de vista filosófico y literario, a través de la comprensión de las emociones de los dos personajes principales y el tipo de vínculo sentimental que existe entre ellos. De este modo, se estudian algunas condiciones internas de los seres humanos, como lo son el amor, la pasión, la crueldad y la dignidad. Este texto hace uso de las ideas de grandes referentes de la filosofía universal, además toma como un gran eje las ideas propuestas por el mismo autor de la novela en relación con su perspectiva sobre los personajes. Además, las concepciones filosóficas de autores como Aristóteles y Platón son tenidas en cuenta para formar un criterio ante conceptos tan importantes como la pasión y el amor. También son fundamentales en la estructura del texto autores de diversas épocas e ideologías, planteando una línea temporal que pasa por Kant en el siglo XVIII, Bataille y Foucault en el siglo XX y se llega a autores modernos como Sponville, Byung-Chul y Mèlich.

Palabras clave: Amor, Pasión, Crueldad, Conocimiento, Sufrimiento.

Abstract

This chapter analyzes, under a hermeneutic process, the novel *Lolita* by Vladimir Nabokov. This analysis consists of approaching the events of the novel from a philosophical and literary point of view, through the understanding of the emotions of the two main characters and the type of sentimental bond that exists between them. In this way, some internal conditions of human beings are studied, such as love, passion, cruelty and dignity. This text makes use of the ideas of great referents of universal philosophy, also takes as a fundamental axis the ideas proposed by the author of the novel in relation to his perspective on the characters. In addition, the philosophical conceptions of authors such as Aristotle and Plato are taken into account to form a criterion for concepts as important as passion and love. Authors from different eras and ideologies are also fundamental in the structure of the text, proposing a timeline that goes through Kant in the 18th century, Bataille and Foucault in the 20th century, and modern authors such as Sponville, Byung-Chul and Mèlich.

Keywords: Love, Passion, Cruelty, Knowledge, Suffering.

Humbert Humbert, personaje creado por Vladimir Nabokov, es alguien con una personalidad compleja, la cual manifiesta contrastes en los que puede pasar de ser un hombre seguro de su atractivo físico e intelecto a ser alguien que puede delirar a causa de los celos. Esto es evidentemente una contradicción, puesto que se podría afirmar que los celos son, justamente, el resultado de la inseguridad. Así pues, la novela enfrenta al lector con un personaje que desde el principio se expone como un ser que oscila entre el dominio de la razón y la redención ante los deseos. Este conflicto entre lo que él desea dominar y los elementos que lo dominan a él, en última instancia, será lo que lo lleve a su propia decadencia.

A lo largo de la novela *Lolita*, el lector se encuentra con un hombre atormentado por el pasado, calculador y, sobre todo, apasionado. Esto se hace evidente desde la primera página de la narración cuando Humbert afirma: “¿Tuvo *Lolita* una precursora? Naturalmente que sí. En realidad, *Lolita* no hubiera podido existir para mí si un verano no hubiese amado a otra niña iniciática. [...] Aquel verano faltaban para que naciera *Lolita* casi

tantos años como los que tenía yo entonces” (Nabokov, 1991, p. 15). Cabe recordar que la novela está narrada desde el punto de vista de Humbert, por lo tanto, implícitamente se reconoce que la concepción de los hechos está marcada por su singularidad, lo que indica que es quien da los detalles de la historia e incluso tergiversarlos. Todo esto es, a fin de cuentas, una virtud narrativa de Nabokov, puesto que logró dotar a su personaje con notables habilidades de persuasión y una personalidad cautivadora y peligrosa en proporción.

El libro empieza con un prólogo creado por el mismo Nabokov, aunque atribuido a otro personaje ficticio llamado John Ray Jr. En dicho prólogo, Ray Jr. explica que la novela contiene las memorias de un hombre que acababa de morir en la cárcel y que había autorizado la publicación de su historia en el testamento. La labor de Ray, según él mismo, consistió en corregir algunos errores y suprimir algunos detalles que podrían considerarse grotescos para la opinión pública. Esto en gran parte explicaría el porqué de la abundancia de eufemismos en la narración y la casi absoluta ausencia de detalles de la vida sexual del atormentado recluso. Ray expresa lo siguiente en su intervención:

No tengo la intención de glorificar a Humbert. Sin duda, es un hombre horrible, abyecto, un ejemplo flagrante de lepra moral, una mezcla de ferocidad y jocosidad que acaso revele una suprema desdicha, pero que no puede resultar atractiva. Es afectado hasta rayar en lo ridículo. (Nabokov, 1991, p. 11)

Esta es una advertencia que hace el autor para que los lectores tomen el contenido del libro con la cautela necesaria y reconozcan que ni Humbert ni Lolita están totalmente descritos en la obra, pues ambos poseían detalles que quedaron ocultos. Sin embargo, la voz de Humbert siempre se logra imponer en la narración, por lo que se podría afirmar que la intención de este es lograr persuadir a sus lectores y así crear una complicidad con ellos. Esto con el fin de sentirse comprendido y justificado. Por esto, el lector debe estar atento para no caer en las intenciones del narrador y así lograr entender que está leyendo el proceso de decadencia de un hombre con problemas mentales y sociales.

Así pues, *Lolita* es una novela que describe la llegada de un literato francés a los Estados Unidos situados en la década de la posguerra de la Segunda Guerra Mundial. Este literato que acaba de atravesar un matrimonio frustrado, llega a América gracias a una pensión heredada por un familiar que le daba la posibilidad de tener una nueva vida relativamente cómoda. En el proceso de encontrar una habitación, conoce a la señora Haze, quien le ofrece un alquiler y así conoce también a su hija Lolita, con la cual se obsesiona inmediatamente. Humbert alquila la habitación y con el tiempo la señora Haze se enamora de él, por lo cual él aprovecha la situación para casarse con ella y así estar más cerca de su nueva hijastra. Humbert escribía todo lo que sentía por Lolita en un diario, el cual es descubierto por su esposa. La señora Haze tiene un accidente que cobra su vida justo después de la gran revelación, por lo que Lolita queda huérfana y oficialmente bajo la custodia de Humbert.

A partir de allí Humbert se lleva a la niña en un viaje por automóvil alrededor de todo el país. En este transcurso de tiempo, empiezan a tener relaciones sexuales y él se obsesiona aún más con ella. Después de un tiempo, Lolita se escapa con otro hombre adulto, lo cual desata la ira de su padrastro, quien los empieza a buscar desenfrenadamente. Luego de un par de años la misma Lolita se reporta con Humbert para pedirle dinero, ya que se encontraba embarazada de un chico joven con quien se había casado, esto luego de huir también de su segundo captor. Al final, Lolita se niega ante las súplicas de Humbert para que regresara con él, así que este se dispone a asesinar al hombre que le había arrebatado a Lolita en primera instancia. Luego de cumplir su cometido, Humbert termina en la cárcel y allí escribe las memorias que conforman su relato.

Las pasiones de Humbert

Ahora bien, ¿qué rasgos en la personalidad de Humbert generan dudas en cuanto a sus intenciones con la niña, por la cual él recalca, cada vez que puede, que siente un inmaculado sentimiento de amor? Hay varios detalles que hacen entrever a un Humbert trastornado, más allá de su voluntad por

crear empatía con los lectores. Dichos detalles son una prueba de que la novela más que narrar una historia romántica, relata un proceso en debacle de un hombre que, siendo víctima de sus pasiones, termina en medio de un caos psicológico que destruye su propia vida y la de otra persona. Estas pasiones serán fundamentales en el proceso para tratar de entender a Lolita más allá de lo narrado de forma explícita en la obra de Nabokov.

Por tanto, es necesario tener una concepción de lo que son las pasiones. Aristóteles en la Retórica daba una definición de este concepto que se reflejaba en la cotidianidad narrada por Humbert.

Porque las pasiones son, ciertamente, las causantes de que los hombres se hagan volubles y cambien en lo relativo a sus juicios, en cuanto que de ellas se siguen pesar y placer. Así son, por ejemplo, la ira, la compasión, el temor y otras más de naturaleza semejante y sus contrarias. (Aristóteles, 1999, 2, 1378^a, 20)

Según lo afirmado por el filósofo griego, el placer y el dolor son el inevitable resultado de las pasiones, puesto que estas nublan la razón y causan turbaciones en la mente y en el cuerpo de quien las vive. Entonces, es posible afirmar que eso es lo que le pasa a Humbert con Lolita, pues su pasión por ella lo perturba, y en el avance del relato, lo transforma en un ser que se entrega al placer y luego en uno que se enfrenta a un inconmensurable dolor causado por sus pasiones insatisfechas.

Esto es evidente en varias ocasiones en el libro. Por ejemplo, Humbert se desbordaba en reiteradas adulaciones hacia Lolita. Todo esto sucede antes de poseerla y cuando esta era solo un objeto inalcanzable, generando así una tensión entre sus ansias y sus angustias. Ansias por el placer de poseerla y angustias por la imposibilidad de hacerlo. Humbert decía:

Sabía que me había enamorado de Lolita para siempre; pero también sabía que ella no sería siempre Lolita. El uno de enero tendría trece años. Dos años más y habría dejado de ser una nínfula para convertirse en una jovencita, y poco después pasaría a ser el colmo de los horrores: una universitaria. (Nabokov, 1991, p. 82)

Humbert lamentaba que Lolita iría creciendo y convirtiéndose en una mujer paulatina y naturalmente. Esto se debe a que él es un hombre traumatizado que se quedó anclado en un acontecimiento del pasado: la muerte le arrebató a la primera chica que despertó sus instintos masculinos. Esta chica murió de tifus siendo aún una nínfula; a partir de ahí Humbert proyectó sus deseos a las niñas que pudieran revivir su primera experiencia sexual. A lo largo de su vida trató de contenerse, pero al descubrir a la pequeña Dolores Haze, Humbert sucumbió ante sus pasiones y se encaminó en una ardua lucha para satisfacerlas. El problema que Humbert reconoce es que en realidad lo que ansía de Lolita es su condición de nínfula y esas ansias tienen un origen en el interior de él, y no de esta niña en particular o de cualquier otra.

A propósito de las pasiones, Immanuel Kant tiene su propia concepción, en la cual se pueden identificar elementos comunes con los planteamientos de Aristóteles, como el dominio de las pasiones sobre el juicio humano. No obstante, el filósofo alemán tiene una perspectiva más pesimista. En Antropología, Kant hace distinciones entre varios conceptos relacionados con las conmociones humanas. Para él, las emociones y las pasiones son “enfermedades del alma” (metáfora evidentemente despectiva), pero tienen una característica que las diferencia y hace que las pasiones condicionen aún más a quien las posee. El filósofo afirma:

Las pasiones, puesto que son compatibles con la más tranquila meditación, no teniendo que ser irreflexivas como la emoción, ni tampoco tormentosas y pasajeras, sino pudiendo arraigarse y coexistir incluso con el sutil argüir, causan el mayor quebranto a la libertad, y si la emoción es una borrachera, la pasión es una enfermedad que rehúsa toda medicina y, por ende, es mucho peor que todas aquellas conmociones pasajeras del alma, que, al menos, excitan el propósito de corregirse; en lugar de lo cual la pasión es un hechizo que excluye también la corrección. (Kant, 1991, p. 203-204)

Para Kant, la pasión tiene elementos cognitivos, pero estos se oponen a la razón; además, es persistente, por tanto, sus efectos perjudican en mayor medida los principios del hombre. Sin embargo, la característica de la

irreflexión pertenece a las emociones que siempre son efímeras, de modo que las pasiones en su propia persistencia permiten al humano reflexionar; aunque en su naturaleza subordinante, enceguecen al alma y la impulsan a la decadencia.

En este orden de ideas, en la novela se encuentra un Humbert que es, sin lugar a duda, un hombre inteligente y reflexivo, aunque su obsesión por Lolita lo lleve a comportarse cada vez más errático a medida que avanza la historia. Humbert es un hombre calculador y sistemático al principio de la novela como para afirmar, en el marco de lo que dice Kant, que es un hombre impedido para reflexionar dadas sus emociones. Un ejemplo del uso de las meditadas artimañas del hombre en pos de conseguir su anhelado placer se evidencia cuando este planea el escape con la nínfula que acababa de convertirse en huérfana:

Mi proyecto era una maravilla por su simplicidad e ingenio: volaría al campamento, le diría a Lolita que su madre estaba a punto de sufrir una grave operación en un hospital inventado y me trasladaría con mi soñolienta nínfula de hotel en hotel, mientras su madre mejoraba y mejoraba hasta, finalmente, morir. (Nabokov, 1991, p. 131)

Aquí es evidente que Humbert, a pesar de estar dominado por sus pasiones, aún estaba en el proceso de transición en el que su juicio se nublaría.

Ahora bien, al retomar la concepción aristotélica sobre las pasiones, se puede ampliar aún más el concepto en cuanto se refiere a los sufrimientos causados por las afecciones. En el quinto libro de la *Metafísica*, Aristóteles se refiere al término *Páthos* de la siguiente forma:

Se denominan ‘afecciones’, en un sentido, las cualidades en las cuales una cosa puede alterarse, por ejemplo, lo blanco y lo negro, lo dulce y lo amargo, la pesadez y la ligereza, y todas las demás de este tipo; en otro sentido, las actividades y las alteraciones de tales cualidades, y de ellas, especialmente, las alteraciones y movimientos que producen daño, y muy especialmente, aquellos daños que producen sufrimiento. Además, se denominan ‘afecciones’ a las grandes desgracias y los grandes sufrimientos. (Aristóteles, 1994, 5, 21, 1022b, 15)

Una vez más, el filósofo sostiene que las pasiones alteran a quien las posee y lo sumerge en una transitoria caída hacia el sufrimiento. Ahí radica la tragedia de Humbert puesto que, al no poder dominar sus pasiones, todos los méritos por ser alguien racional, erudito, eminente y culto, pierden toda su relevancia y no logran evitar su fatal desenlace.

Así pues, en la novela se evidencia que Humbert entra en su máxima decadencia cuando el motivo de su placer se escapa con otro hombre. La ausencia de Lolita lo angustia estremecedoramente y el sufrimiento se evidencia ante la impaciencia y la desesperación por recuperarla. En un poema que escribe el penumbroso hombre para el objeto de sus afecciones, dice:

¿Dónde te ocultas, Dolores Haze? / ¿Por qué te ocultas mi bien amada? /
‘Hablo como en sueños, camino por un laberinto, / no puedo salir» dijo la
avecilla asustada. / ¿Me muero, Lolita Haze, me muero! / Levanto una y otra
vez mi puño, desesperado / y una y otra vez oigo tus lloros. / De odio y remor-
dimiento se muere tu enamorado’. (Nabokov, 1991, p. 315-316)

El mismo Humbert se refiere a este poema como la obra maestra de un maniaco; evidentemente el personaje termina perdiendo su juicio al verse privado de la niña que le proporcionaba sosiego. Humbert fue víctima de sus pasiones, pasó de ser un hombre analítico a ser un amante irracional, que buscaba huir del dolor y retomar el placer vivido.

La ausencia del Eros en Humbert

Ahora bien, al tener claro que Humbert es dominado por las pasiones, es necesario también mostrar las razones por las cuales se establece que dicho personaje (contrario a lo este que afirma incansablemente) no está dominado por el poder del amor erótico. Dicho sentimiento será entendido desde una perspectiva platónica, bajo los planteamientos de Georges Bataille y Byung-Chul Han. Así pues, primero hay que definir qué es el erotismo y luego plantear cuál es esa característica del sentimiento amoroso según el pensador griego.

En *El erotismo*, Georges Bataille propone que, en medio de la actividad sexual, lo que diferencia al humano de las demás especies animales es que los primeros tienen una búsqueda psicológica independiente a la reproducción natural de la especie; es decir, que el erotismo moviliza la vida interior del sujeto. Evidentemente, Humbert es un personaje complejo y culto, el cual trata de llevar a los terrenos de la conciencia todo lo que habita en él, incluyendo sus deseos. Él cree que su relación con Lolita va más allá de la pasión sexual y que en ella encuentra lo que llena su vida desde lo más intrínseco de su propia humanidad.

Bataille (2007) además afirma:

El erotismo es uno de los aspectos de la vida interior del hombre. En este punto solemos engañarnos, porque continuamente el hombre busca fuera un objeto del deseo. Ahora bien, ese objeto responde a la interioridad del deseo. La elección de un objeto depende siempre de los gustos personales del sujeto. (p. 20)

En la novela se evidencia que Humbert busca el objeto de su deseo en el exterior de sí mismo. Este cree que encuentra en Lolita lo que puede llenar su vida y la hace objeto de las sensaciones que mueven su interior. Pero Lolita solo cumple con ciertas características que Humbert busca para satisfacer sus deseos; más allá de eso, es una chica común pero sobrevalorada en la conciencia de Humbert por su propia búsqueda por complacer a su conciencia. El propio Humbert es capaz de explicar esto de forma más precisa:

Hay que ser artista y loco, un ser infinitamente melancólico, con una gota de ardiente veneno en las entrañas y una llama de suprema voluptuosidad siempre encendida en su sutil espinazo para reconocer de inmediato por signos inefables [...] al pequeño demonio mortífero entre el común de las niñas; pero allí está sin que nadie, ni siquiera ella, sea consciente de su fantástico poder. (Nabokov, 1991, p. 25)

En este apartado de la novela es notable que Humbert pudo concentrar sus deseos en cualquier otra chica que cumpliera con características de una nínfula porque, al fin y al cabo, dichas características procedían de la inte-

rrioridad del deseo de Humbert y no del exterior, en el que se encontraba Lolita, el objeto de dichos deseos. Por lo cual se podría decir que Humbert se busca a sí mismo en Lolita; busca en ella lo que lo compone a él, lo que le gusta y lo que lo satisface; pero al mismo tiempo ignora lo que realmente la conforma a ella.

Dicho esto, se puede afirmar que los deseos de Humbert están cargados de erotismo. Sin embargo, esos deseos se distancian mucho de los sentimientos románticos. Platón propuso en *El banquete* varios planteamientos que abordan la temática del eros; en uno de estos, el filósofo griego afirma:

Lo más importante aquí es que el Eros ni comete injusticia contra dios u hombre alguno, ni es objeto de injusticia por parte de ningún dios ni ningún hombre. Pues ni padece de violencia, si padece de algo, ya que la violencia no toca a Eros, ni cuando hace algo lo hace con violencia, puesto que todo mundo sirve de buena gana a Eros en todo, y lo que uno acuerde con otro de buen grado dicen las leyes reinas de la ciudad que es justo. (Platón, 2014, p. 88)

Hay varios puntos en lo afirmado por Platón que podrían sustentar el hecho de que Humbert en realidad no amaba a Lolita. Por un lado, Platón menciona que quien ama no puede cometer injusticia ante su objeto amado. Es evidente que a lo largo de la novela suceden varios acontecimientos en los que se puede afirmar que Humbert es injusto con la niña; por ejemplo, cuando este niega la verdad de la muerte de la madre de ella y la manipula con ello; también el padrastro es injusto cuando persuade, amenaza y hace promesas a Lolita para que deje sus diversiones infantiles y le preste su cuerpo de cuando en cuando. La misma Lolita expresa su inconformidad en reiteradas ocasiones. En una de ellas la niña se enoja por su cansancio ante el constante viaje y no poder tener un hogar: “Tu- vimos altercados, importantes y triviales. Los más serios ocurrieron en las Cabañas Lacework [...] dónde ella preguntó cuánto tiempo seguiríamos viviendo en cabañas hediondas, haciendo marranadas a todas horas y sin portarnos nunca como personas normales” (Nabokov, 1991, p. 195). Es claro que Humbert imponía su voluntad ante ella y no tenía en cuenta sus deseos y preocupaciones, solo la veía como un mero objeto de placer, el

cual justificaba proclamando un enamoramiento que era contradictorio a este tipo de acciones.

Por otro lado, el amor platónico no consiente la violencia en ninguna forma. Humbert, por su parte, durante todo el tiempo que posee a la niña ejerce una constante violencia psicológica que en ciertas ocasiones también pasa a ser física, además de la constante violencia sexual a la que Lolita se ve sometida. En una ocasión Lolita escapa de sus clases de piano y Humbert la descubre al ser llamado por su maestra; al verse descubierta, Lolita dice que ha estado ensayando la obra de teatro en el parque. En ese momento se desata una de las discusiones más violentas de la novela causada por los celos de Humbert:

Di una patada al taburete que mecía con su talón, y su pie cayó ruidosamente en el suelo. —¡Eh, tómatelo con calma! —gritó. —¡Para empezar, vas a irte arriba! —grité a mi vez mientras la agarraba por la muñeca y la obligaba a levantarse. A partir de ese momento ya no contuve mi voz, y ambos nos gritamos, y ella dijo cosas que no pueden imprimirse. Dijo que me odiaba. Me hizo muecas monstruosas inflando los carrillos y emitiendo sonidos diabólicos que recordaban ventosidades. Dijo que había intentado violarla varias veces cuando era inquilino de su madre. Dijo que se acostaría con el primero que pasara y que no podría impedirselo. Le dije que subiéramos a su cuarto y me mostraría todos sus escondrijos. Fue una escena estridente y odiosa. Seguía agarrándola por su nudosa muñeca, y ella se retorció de un lado para otro y pugnaba tratando de encontrar un punto débil en mi presión que le permitiera zafarse de mi garra a la primera ocasión favorable, pero yo apretaba todo lo que podía, y lo cierto es que le hice bastante daño, por lo que merezco que se pudra mi corazón; una o dos veces, Lolita contorsionó su brazo con tanta violencia, que temí que se me escapara; mientras ocurría todo esto, me miraba con aquellos ojos inolvidables en los que luchaban la fría ira y las lágrimas más ardientes. (Nabokov, 1991, p. 252-253)

En esta extensa cita se pueden evidenciar muchísimos elementos de violencia y de injusticia que se contraponen totalmente a lo que plantea Platón sobre el amor. Lolita demuestra que no es tonta como Humbert piensa;

ella es consciente de su propio dolor y de su sometimiento. El sentimiento de injusticia en el que vive la hace entender que su padrastro no la ama realmente, sino que la usa como paliativo ante la constante sensación de melancolía que dejó su primer amor y por esto decide huir de él en cuanto tiene oportunidad. Humbert a pesar de que nota el daño que hace, lo ignora por su propio egoísmo y se encarga de minimizar la inconformidad de la chica. Su amor debería mostrarse al no imponer sus deseos y pasiones sobre la propia tranquilidad y felicidad de su hijastra. Humbert viola, humilla, insulta, maltrata y manipula a Lolita; todas estas acciones se componen por injusticia y violencia, por tanto, se reitera hay ausencia de amor.

Además, no se puede ignorar una característica recurrente de Humbert a lo largo de la obra, que sirve como elemento probatorio de que este solo se desgarrar por el deseo físico hacia Lolita: la misoginia. Es evidente que Humbert considera a cada mujer con la que se relaciona como un ser inferior, alardea constantemente de su superioridad intelectual ante todas ellas, e incluso las deshumaniza; esto pasa con su primera esposa Valeria, a la que llega a llamar criatura grandullona, fofa y de escasa inteligencia; con Charlotte Haze, con su amante llamada Rita y por supuesto, con la misma Dolores Haze. Por ejemplo, Humbert hace este tipo de afirmaciones con respecto a su hijastra: “Mentalmente, la consideraba una chiquilla de lo más convencional; tanto lo era, que llegaba a resultar desagradable” (Nabokov, 1991, p. 181). Más allá de que Humbert de por sí les quitara valor a las mujeres, su comportamiento manipulador y desdenoso hacia Lolita es lo suficientemente desagradable como para que el lector dude de los desmesurados ataques de amor que el personaje asegura tener.

De la mano de lo que afirma Platón, el filósofo surcoreano Byung-Chul Han (2014) en su libro *La agonía del Eros* manifiesta su posición en cuanto al significado de poseer en el amor, mencionando un aspecto importante como el hecho de que en el Eros no se puede deshumanizar al otro, quitándole su condición como individuo y otorgándole simplemente características que lo cosifican:

El amor se positiva hoy como sexualidad, que está sometida, a su vez, al dictado del rendimiento. El sexo es rendimiento. Y la sensualidad es un capital

que hay que aumentar. El cuerpo, con su valor de exposición, equivale a una mercancía. El otro es sexualizado como objeto excitante. No se puede amar al otro despojado de su alteridad, sólo se puede consumir. En ese sentido, el otro ya no es una persona, pues ha sido fragmentado en objetos sexuales parciales. No hay ninguna personalidad sexual. (p. 13)

De acuerdo con Han, Humbert no amaba a Lolita, más bien la consumía; este despojó a Lolita de su alteridad o su capacidad para cambiar en su humanidad desde el momento en que la conoció. Aún más, la poseyó cuando siguió cosificándola en el momento en que él mismo estaba poseído por la melancolía de haberla perdido. Sus preocupaciones siempre estaban circundando el placer sexual y utilizaba toda clase de bajezas, desde las amenazas con internarla en un orfanato hasta sobornos con dinero o regalos, para así poder acceder a su cuerpo. Humbert en sus memorias relata esto sin ningún escrúpulo:

Casi siempre, con aquel aire cansino y hastiado que cultivaba, caía postrada y abominablemente deseable en una butaca de muelles roja [...] y necesitaba horas de persuasiones, amenazas y promesas para conseguir que me prestara durante algunos segundos su cuerpo de miembros morenos en la reclusión de aquella habitación de cinco dólares, hasta que se le ocurría entregarse a cualquier diversión y dejaba de lado mi humilde goce. (Nabokov, 1991, p. 180)

De acuerdo con esta cita, la prioridad de Humbert siempre fue el placer, tanto era así que llegaba a acusar a la niña de las peores formas ante su negativa de acostarse con él, y reducía a nimiedades y frivolidades cualquier actividad distinta al sexo en la que ella ocupara su tiempo. Lolita era el instrumento onanista de Humbert, por tanto, lo que ella deseara, pensara o sintiera era irrelevante. En su concepción del mundo, Lolita vivía para satisfacerlo y por esto mismo siempre estaba la preocupación constante de que Lolita dejara de ser útil en el momento en que perdiera las características que la hacían eficiente ante el deseo de su padrastro. Y cuando un objeto deja de ser útil, no queda más que reemplazarlo o desecharlo.

A partir de esta posible caducidad de Lolita, Humbert muestra uno de sus lados más oscuros, el cual reafirma el hecho de que es un hombre trastornado y que sus únicas aspiraciones vitales están enmarcadas en el hedonismo a costa de cualquier sacrificio ajeno a su propia humanidad. Esa búsqueda del placer inagotable es una de las características que más peligroso hacen a Humbert y que más vulnerable hacen a su hijastra. En este mismo sentido, una de las partes de la novela en las que se evidencia más fuertemente que Humbert es consciente de que Lolita perderá las características que la hacen ser deseable para él, es cuando este reflexiona en el hecho de que haberla llevado a México hubiese sido mejor opción que llevarla al este de los Estados Unidos, puesto que en el vecino país habría podido escapar más fácil e incluso casarse con ella. Pero la reflexión de Humbert que más llama la atención es la que hace con respecto al futuro de su amante:

Pues he de confesar que [...] en el transcurso de un día podía pasar de un polo al otro: desde cavilar apesadumbrado que hacia 1950 debía buscar la manera de librarme de una adolescente difícil que habría perdido su magia de nínfula, hasta acariciar la idea de que con paciencia y suerte podría, tal vez, hacerla concebir otra nínfula con mi sangre en sus exquisitas venas, una segunda Lolita que hacia 1960 tendría ocho o nueve años. (Nabokov, 1991, p. 214)

Esta parte de la novela es crucial para comprender hasta qué punto Humbert podía suprimir de su cabeza cualquier atisbo de compasión o de moral. Humbert era un hombre capaz de plantearse el hecho de deshacerse de un objeto que solo le estorbaría tras perder su valor sexual. Incluso ronda por su conciencia la idea de engendrar a una nueva nínfula que renovarían a su desgastada e inútil madre en la función de proporcionarle el placer carnal que él necesita. No importaría que fuese su hija, lo único crucial de esta hipotética nínfula o de la propia Lolita es que sus cuerpos habían sido hechos para el disfrute de un hombre que carece de amor.

El conocimiento literario como instrumento de crueldad

Ahora bien, la novela de Nabokov proporciona al lector un amplio retrato de su narrador y protagonista; dicho retrato carece de objetividad, ya que Humbert se pudo encargar de tergiversar la información y los acontecimientos a su conveniencia, como ya se ha mencionado. No obstante, a través de las descripciones y las narraciones de la cotidianidad de Humbert, el lector puede descubrir los elementos esenciales en la personalidad de este. Algunos de estos elementos son la intelectualidad y la perversión. Ambas características son usadas por el personaje de forma interrelacionada, ya que con una justifica a la otra. En el relato se evidencia en repetidas ocasiones que Humbert es consciente de que es un hombre culto, pero no de que es un hombre dominado por sus pasiones, lo que a su vez lo hace sucumbir ante Lolita y por tanto inhibir su manera de razonar.

Algunos autores se han referido a la relación que se da entre el intelecto y la perversión de Humbert. Por ejemplo, para Viviana Hernández, en su tesis llamada “Lolita y la intertextualidad”, Humbert se vale de varias referencias históricas y literarias, al mencionar a personajes como Catulo, Dante y Petrarca, para justificar las reacciones que Lolita genera en él. Humbert se apoya en su condición de intelectual para asegurar que dichos hombres tuvieron la oportunidad de amar a mujeres similares a Lolita sin ninguna persecución o señalamiento social, por lo que él encuentra incomprensible que su amor por ella tenga que ser furtivo y secreto.

De este modo, Hernández (2018) hace énfasis en las repetidas ocasiones en las que Humbert contrasta su situación con los ejemplos de los personajes históricos o literarios ya mencionados. Humbert plantea en su narración que Dante se enamoró de Beatriz cuando esta solo tenía nueve años, a quien se dedicaba a contemplar sin tener contacto con ella y a idealizarla al reconocer que jamás la podría tener. Por otro lado, Petrarca jamás fue correspondido por Laura, quien tenía doce años cuando él se enamoró; es descrita por Humbert, basado en los poemas que Petrarca le hizo a su musa, como una nínfula rubia con rasgos de preciosidad. Cayo Valerio Catulo fue un poeta latino que también fue cautivado por una nínfula llamada

Lesbia. Humbert hace referencia a él cuando Lolita va creciendo y pierde su pureza infantil, puesto que Catulo manifestó el mismo sentimiento en un poema cuando su amada se hizo prostituta y vagaba por las calles sin la pureza que lo hizo enamorarse.

Sin embargo, el personaje no tiene en cuenta un elemento muy importante en los casos de los hombres que menciona: todos ellos pertenecen a épocas y escenarios distintos a los que este vive. Si Humbert pudiera dominar realmente su capacidad para razonar, comprendería que no se puede descuidar la historicidad ética de sus referentes puesto que las concepciones morales divergen a través del tiempo y no es sensato juzgar situaciones contemporáneas con una moral arcaica y viceversa, dado que así se puede caer en anacronismos éticos. En lugar de esto, el padrastro de Lolita interpreta dichas situaciones en favor de su crápula ética, ignorando elementos como que en los contextos de Catulo, Dante y Petrarca el concepto de mayoría de edad no existía, por lo que los matrimonios entre jovencitas y hombres adultos eran muy comunes.

Por su parte, Wilson Orozco plantea en su artículo “La niña fatal y otros arquetipos femeninos en Lolita” que Humbert utiliza hipotextos referidos a arquetipos femeninos en los que Lolita se ve reflejada. De este modo, Orozco (2015) plantea cinco arquetipos. El primero de ellos es la mujer como deidad; Humbert hace alusiones a la diosa griega Venus para comparar su parecido físico con la pequeña Dolores y la perfección de ambas féminas. El segundo es la mujer como doncella; Humbert muestra una conexión con Edgar Allan Poe y su poema Annabel Lee, puesto que el primer amor de Humbert se llamaba Annabel Leigh y se conoce que Poe se casó con su esposa cuando esta tenía trece años y él veintisiete; a su vez que la muerte de esta lo inspiró a escribir el poema mencionado. El tercer arquetipo es la mujer como la representación demoníaca haciendo referencia a Lilith, la primera esposa de Adán en la mitología hebrea. Dado que Lilith también fue hecha de barro, protestaba porque se consideraba igual que Adán, y cansada de su subordinación, terminó marchándose del Edén. Humbert en su búsqueda del amor en las mujeres recurre a las prostitutas, pero su moral termina creando un rechazo hacia estas mujeres y las termina calificando como a la maléfica Lilith. Además, Humbert hace una similitud

entre Eva y Charlotte Haze, la madre de Lolita, y la misma Lolita con Lilit, puesto que a pesar de que su relación con la primera era moralmente más aceptable, creía que su conexión con la segunda era más perdurable y real, a pesar de lo políticamente incorrecta. El cuarto arquetipo es la mujer como persona libertina; Humbert utiliza la figura de Carmen (personaje de Prosper Mérimée), una mujer que promueve la libertad femenina y es descrita como grosera, exótica, sucia y frívola, características con las que el narrador suele describir a la pequeña Lolita. Hay otra gran similitud entre ambas mujeres y es que las dos mueren buscando sus propios deseos. El último arquetipo es el de la mujer como madre; Humbert primero pone de manifiesto la similitud de Charlotte con el icono de Marlene Dietrich y luego compara a Lolita con la misma actriz, asumiendo que esta terminará convirtiéndose en su propia madre.

Es evidente dadas estas muestras que Nabokov quiso crear un personaje que demostrara que era culto. Esto también se ve cuando Humbert enaltece a grandes hombres de la literatura como Paul Verlaine, T. S. Eliot, Lord Byron y Laurence Sterne. Sin embargo, la relación de Humbert con el conocimiento contrasta con la oscuridad de sus deseos, por lo que el lector puede dudar de la verdadera capacidad de raciocinio del personaje, ya que este no usa su saber como un instrumento para su búsqueda de la verdad sino como un trampolín con el cual busca otorgarle racionalidad a conductas irracionales.

Michel Foucault en *Hermenéutica del sujeto* aborda el término *épiméleia*, el cual se refiere al cuidado y al conocimiento que cada sujeto tiene de sí mismo. Así pues, Foucault (1994) plantea que un sujeto solo puede conocerse a través de la preocupación por sí mismo, lo que a su vez tiene como finalidad la conducta racional. No obstante, no se puede tomar este concepto como una justificación del egoísmo puesto que el mismo autor plantea que la *épiméleia* también se ve mediada por la relación con los otros y con el mundo. Por lo cual, preocuparse por sí mismo implica que el sujeto vigile su comportamiento y sus pensamientos en relación con el exterior, es decir, con los otros. Además, el objetivo fundamental de la *épiméleia* es que el sujeto logre modificarse en un sentido positivo o, en otras palabras, que el sujeto se purifique a través de la transformación.

A este propósito, podría considerarse que Humbert es un hombre que ni se conoce ni se cuida a sí mismo. Esto debido a su posición de subordinación ante sus propias pasiones, más allá de su creencia de que, mediado por su conocimiento del mundo y de la literatura –los cuales no lo transforman espiritualmente–, él aventaja a Lolita. Humbert a lo largo de la novela muestra su egoísmo y su absoluta falta de empatía con la niña y con las personas en general, entonces una vez que el personaje no consigue cuidar de sí, la tarea, subordinada a ello, de cuidar de los otros le resulta imposible. Por consiguiente, el personaje carece de autocritica y no evalúa sus acciones con respecto a las consecuencias que estas generan en los otros. Todo lo que Humbert hace es con la idea de dar rienda suelta a sus pasiones, por lo que incluso utiliza su conocimiento como una herramienta para someter a los demás. Al final Humbert se termina transformando, pero no de una forma acorde a la *épiméleia*, puesto que a lo largo del relato sucumbe tanto ante sus deseos que termina inhibiendo totalmente su razón. De este modo, cuando Humbert no logra imponerse antes sus pasiones, todo el conocimiento que promulga termina siendo inútil.

De acuerdo con lo planteado, se puede evidenciar que Humbert es un hombre convencido de que sus conocimientos literarios le otorgan una licencia para dominar y someter a Lolita. A su vez, que ella es su instrumento de satisfacción por lo cual no quiere aceptar la idea de que lo desborda (Lolita reconoce su propio erotismo y la debilidad de su padrastro antes las pasiones), aun cuando él es consciente de dicha superioridad. En este sentido se evidencia la pugna entre el racionalismo pragmático masculino contra la fantasía, el misterio y la imaginación propias de la feminidad. Por esto Humbert recurre a la crueldad cada vez que se ve superado por la chica que con su mera existencia lo somete y rige sobre su capacidad intelectual y experiencia, llevándolo al punto de parecer un hombre ingenuo e irracional. Así pues, la relación de los personajes muestra que el conocimiento no logra imponerse ante aquellas cosas que el ser humano no puede controlar como las pasiones, la muerte, la enfermedad, la locura o las fuerzas de la naturaleza.

Para analizar el hecho de cómo Humbert se vale de la crueldad para someter a su hijastra, hay que remontarse a lo planteado por el filósofo catalán

Joan-Carles Mèlich en su obra *Lógica de la crueldad*. Allí Mèlich aborda desde una perspectiva metafísica la idea del Bien y lo plantea como un principio absoluto. En el apartado “La tentación del bien”, Mèlich (2014) afirma que a través del Bien se llega a la Verdad, y cuando alguien posee la Verdad se ve obligado a imponerla a los demás para llevarlos por el “buen camino”. Cuando alguien posee la Verdad también tiene la legitimidad para exterminar cualquier disidencia de ese sentido de Bien, por lo cual la lógica de la crueldad se respalda en el hecho de que quien tiene la Verdad está tentado y posibilitado para erradicar el mal cueste lo que cueste. De esta forma, el Bien termina enmarcado en dicha lógica, dado que no permite que nada de lo que lo conforma se ponga en cuestión. No obstante, contrario a lo que piensa Mèlich (2014), la consecuencia de que el Bien fuese una categoría absoluta y metafísica, sería que este resultaría inalcanzable para el ser humano dada la naturaleza imperfecta de nuestra especie.

Dicho esto, el mismo Mèlich plantea que el Bien no conserva su categoría de absoluto en cada ser humano (lo cual tiene más sentido que su propia perspectiva del Bien absoluto) y por esto la subjetividad de cada uno puede desencadenar en una crueldad disfrazada de bondad o de una intención bondadosa. Ahora bien, Mèlich piensa que la bondad, por su parte, no es absoluta, sino que más bien es una relación de cada uno con las demandas ajenas. Referente a esto, en la novela se encuentra a un hombre que tiene su propia concepción del Bien basada en el conocimiento, por tanto, lo que él sabe lo legitima para imponerse ante quienes están fuera de esta categoría. Él como dueño del conocimiento tiene la autoridad de erradicar cualquier cuestionamiento de su comportamiento, puesto que su concepción del mundo lo respalda en el hecho de que está haciendo el Bien. Respecto a esto Mèlich (2014) dice:

Por eso a una lógica de la crueldad le trae sin cuidado lo que uno piensa o hace. Lo que realmente le interesa es ‘lo que uno es’, pero ‘lo que uno es’ lo es porque esa misma lógica lo ha clasificado así, al margen de su tiempo y de su espacio, de sus relaciones y de sus circunstancias, de su situación. (p. 184-185)

Por esto, según esta lógica, el amor de Humbert por su hijastra no debería ser cuestionado, puesto que a fin de cuentas él se ocupa de ella y su único fin es ocuparse de ella. No importa lo que ella piense o haga; lo que importa es lo que ella es una nínfula; y, además, solo importa la relación entre ellos, la cual ha sido determinada por el padrastro como buena.

Además, Humbert cumple con otras dos características estrechamente relacionadas respecto de la lógica de ser cruel: la deshumanización del otro (ya esbozada en este escrito) y la ausencia de culpa. Con respecto a la primera característica, Mèlich afirma que la moralidad se ha construido con base en que el otro merece respeto por su condición humana, de modo que la moral no se enfoca en lo singular de cada individuo sino más bien en lo genérico, como la dignidad y la persona. En esa lógica, solo el que cuenta con la característica común de la humanidad merece respeto, de modo que si a un individuo se le priva de la posibilidad de ser humano al mismo tiempo deja de merecer ese respeto y pierde cualquier dignidad. Así pues, quien conserva su humanidad no tiene por qué sentir culpa al irrespetar a quien no la conserva. En sus propias palabras, Mèlich (2014) explica:

Así funciona la lógica moral, una lógica que normativizan un 'trato' al margen del nombre propio, esto es, al margen de la situación, de las relaciones y de los contextos. Y hay que darse cuenta de que 'legitimar' significa tanto respetar al otro como no hacerlo, significa tanto protegerlo como aniquilarlo. Porque si no se respeta a alguien en función de su nombre propio sino de su clasificación categorial, necesariamente tampoco se respeta al que no tiene cabida en esa misma clasificación, y siempre habrá alguien, un 'ente', que quede al margen del manto protector de la lógica moral. [...] Es verdad que la moral exige un respeto al otro, pero lo decisivo, lo relevante, es que no exige un respeto al otro por ser singular sino por su pertenencia a un sistema categorial. El respeto moral al otro no es una exigencia o una demanda que provenga del otro, de su nombre propio, de su sufrimiento único (o de su rostro, como diría Levinas) sino de la lógica moral en la que habito. Así funciona la moral y, por eso, es una lógica de la crueldad. (p. 194).

De este modo, dicha concepción se puede observar en la novela, ya que Humbert categoriza a Lolita como una nínfula que existe en pro de la excitación del hombre adulto. Su voluntad queda anulada ante los deseos de su padrastro quien dado el poder que tiene por su condición de ser humano, intelectual, hombre, adulto y protector, tiene el derecho legítimo de poseerla e irrespetarla sin ninguna restricción moral. Esto se puede observar en distintas situaciones de la novela como esta en la que Humbert advierte a Lolita de lo que pasaría si lo denuncia ante las autoridades:

Finalmente, veamos qué ocurre si tú, una menor, eres acusada de tener relaciones sexuales con un adulto en un responsable establecimiento hotelero, y denuncias a la policía que te rapté y violé. Supongamos que te creen. Una menor que permite que una persona de más de veintiún años tenga acceso carnal con ella, hace que su víctima incurra en lo que legalmente se denomina violación o sodomía en segundo grado, según la técnica empleada. La pena máxima es de diez años de cárcel. Así que me envían a la cárcel. De acuerdo. Voy a la cárcel. Pero ¿qué te ocurre a ti, huerfanita mía? Bueno, eres más afortunada que yo. Pasas a depender del Departamento de Bienestar Social, lo cual me temo que no resulta demasiado prometedor. [...] Mientras yo me aferro a los barrotes, a ti, afortunada niña abandona, te enviarán a cualquiera de los establecimientos penitenciarios, más o menos iguales: el correccional de menores, el reformatorio, el centro de prisión preventiva de menores, a la espera de que el juez dicte sentencia, o el orfanato, una de esas residencias para niñas donde harás labores, cantarás himnos y, los domingos, comerás pasteles rancios. Irás a parar a un sitio así, Lolita. Mi Lolita, esta Lolita, dejará a su Catulo e irá a parar a uno de esos antros, porque es una niña descarriada. (Nabokov, 1991, p. 184-185)

Es evidente la manipulación psicológica a la que se ve sometida Dolores Haze por parte de su padrastro. Y aún más evidente la posición que asume Humbert de bienhechor que en caso de ser traicionado sería víctima de una malagradecida hijastra. Humbert asume que la niña como posesión suya es una privilegiada y que si en un momento dado ella decidiera huir, se vería sometida a penurias que a su lado no viviría. Además, utiliza un recurso explotado a lo largo del relato: recordarle que, sin él, ella no es

nada, que está absolutamente sola en el mundo, que sin su compasión y sus cuidados estaría perdida y que, en lugar de acusarlo como victimario, debería agradecerle. Humbert, en este pasaje como en tantos, priva a Lolita de su dignidad y la irrespeta profundamente aprovechándose de su vulnerabilidad y del conocimiento que él mismo tiene de la ley, de la literatura, del sexo y de la vida en general.

La otra característica en la lógica de la crueldad es la imposibilidad de Humbert para sentir vergüenza o culpa por sus acciones. Esto es consecuencia del hecho de que él no considera sus acciones como inmorales, por lo que su actuar está en un marco de lo normal. Humbert oculta sus acciones por el hecho de que reconoce que son delitos (por más que argumente que no debería ser así), más no por el hecho de creer que está haciendo un mal. Por ejemplo, en una ocasión Lolita huye con su amante del hospital; cuando Humbert tiene que resignarse a su huida porque no puede confesar lo que ha venido haciendo con la niña, este dice: “Firmé dócilmente aquel recibo tan simbólico y entregué a Lolita a todos aquellos monos. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? [...] Un paso en falso... y tal vez hubiera tenido que explicar toda una vida entregada al delito” (Nabokov, 1991, p. 304). En esta y en muchas otras ocasiones, Humbert muestra pavor por ser atrapado y por ello se muestra furtivo dada su relación ilegal, más no inmoral, enmarcada en su forma de ver el mundo.

Retomando los planteamientos de Mèlich (2014) es pertinente mencionar lo que este plantea en cuanto a la vergüenza:

El sinvergüenza no nace, se hace. La vergüenza, como señaló Emmanuel Levinas, es la presencia ante nosotros mismos. No revela nuestra nada, sino todo lo contrario, revela la totalidad de nuestra existencia, nuestra extrema desnudez. La vergüenza surge en el momento en que uno se descubre clavado a sí mismo, en el momento en que no puede huir de sí, es la presencia irrevocable del yo en uno mismo, es la visión de nuestro ser total, en su plenitud. Lo que la lógica moral de la buena conciencia crea es una especie de ‘túnica’ que oculta la vergüenza no solo a los demás sino también a uno mismo, una túnica que justifica y legitima el propio yo, una ‘túnica desculpabilizadora.’ (p. 13)

Así pues, en la novela se evidencia cómo Humbert al estar convencido de realizar el Bien es propenso a ignorar que sus actos son crueles ya que está cobijado por la túnica de moral que le impide ver las situaciones como en realidad son, y así verse a sí mismo desnudo y en su plenitud. Su propio sistema moral lo convence de que su conciencia debe estar limpia y no hay razón para sentir culpa alguna. Esta imposibilidad de sentir culpa va de la mano con su imposibilidad de ser racional, es decir, ambas son consecuencias de la subyugación de Humbert ante sus pasiones.

Un triste suceso se relata en la novela cuando Lolita en medio de la agitada vida a la que se ve sometida por su padrastro entra en uno de sus tantos episodios de desasosiego a causa de la soledad, abandono y falta de comprensión. Humbert lo relata así: “En el hotel pedimos habitaciones separadas, pero en mitad de la noche vino a la mía sollozando, e hicimos el amor sin prisas. Es que la pobre no tenía ningún otro lugar a donde ir, ¿comprenden?” (Nabokov, 1991, p. 173). Humbert no es capaz de mirar más allá de sus propios deseos, es un hombre que destruye a una niña y su falta de razón le impide darse cuenta de ello. La chica pierde a su madre, a sus amigos, a su hogar; pierde su vida entera para ser el juguete de un adulto que solo piensa en sí mismo y no tiene suficiente discernimiento para entender que ella necesita a un padre y no a un amante. Todo el conocimiento que tiene solo le sirve para sentirse superior a ella y así liberarse del vértigo ético, pero este conocimiento nunca es usado para ofrecerle bienestar, protección y felicidad a la misma.

La dignidad de Lolita como resultado del sufrimiento

Humbert Humbert no ama a su hijastra Lolita; esta es la principal razón para afirmar que dicho personaje es un hombre cruel y tirano. Humbert es un hombre poseedor de un gran intelecto, pero en el sentido de la *épi-méleia* es alguien que carece de espiritualidad puesto que no es capaz de ejercer transformaciones sobre sí mismo para acceder a la verdad, es decir a la felicidad. Dichas transformaciones, según Foucault (1994), son expe-

riencias purificadoras, de renuncia, de ascesis, de conversiones de la mirada y modificaciones de la misma existencia que le permiten al sujeto llegar a la iluminación y por tanto a la tranquilidad del espíritu. Evidentemente, Humbert no consigue alcanzar la felicidad, ni la verdad sobre sí mismo; por el contrario, sus acciones lo llevan a la total decadencia espiritual y a la corrupción moral absoluta. Y todo esto se da porque Humbert jamás deja de confundir el deseo con el amor.

La caída de Humbert se da por su propio egoísmo, contrario a Lolita que a pesar de su muerte logra tener un ascenso vital por la búsqueda constante de su libertad sin importar la constante ofensa a la que se ve sometida. En este sentido, se puede traer a colación el hecho de que muchos lectores de la novela concluyen que la niña es en parte culpable de su infortunio, dada su naturaleza provocadora y manipuladora. No obstante, se debe recalcar el hecho de que Lolita es una niña que queda a merced de un adulto que se supone debería cuidarla. Lolita es víctima del egoísmo de un hombre incapaz de hacerse cargo de sí mismo y de los otros. Ella perdió todo lo que tenía y durante un tiempo pudo encontrar en este hombre una representación del padre amoroso que ella necesitaba para poder afrontar su destino con valor.

El mismo Vladimir Nabokov en una entrevista para el programa francés *Apostrophes* en 1975 se refiere a este tema de la siguiente forma:

Lolita no es una niña perversa. Es una pobre niña que corrompen y cuyos sentidos nunca se llegan a despertar bajo las caricias del inmundo señor Humbert. [...] Y es muy interesante plantearse, como hacen ustedes los periodistas, el problema de la tonta degradación que el personaje de la nínfula que yo inventé en 1955 ha sufrido entre el gran público. No solo la perversidad de la pobre criatura fue grotescamente exagerada sino el aspecto físico, la edad, todo fue modificado por ilustraciones en publicaciones extranjeras [...]. Representan a una joven de contornos opulentos, como se decía antes, con melena rubia, imaginada por idiotas que jamás leyeron el libro. En realidad, Lolita es una niña de 12 años, mientras que Mr. Humbert es un hombre maduro, y el abismo entre su edad y el de la niña produce el vacío entre ellos; entre ese vacío, ese vértigo, la seducción, la atracción de un peligro mortal. La imaginación

del triste sátiro convierte en criatura mágica a aquella colegiala americana tan trivial y normal en su género como el poeta frustrado lo es en el suyo. Fuera de la mirada maniaca de Mr. Humbert no hay nínfula, Lolita la nínfula solo existe a través de la obsesión que destruye a Humbert. (Canal TommasoDe-gliEsposti, 2009, 22s)

Nabokov creó una obra en la que quería reflejar la mente tergiversada de un sociópata y su intención con la novela jamás fue rendirle culto a la pedofilia. Él defendió el valor y el ascenso de su personaje femenino ante la perversidad de su personaje masculino. No importa mucho en realidad si ella lo provoca o no, puesto que la intención del hombre desde que la conoce es poseerla y su responsabilidad moral como adulto queda nula ante su perverso deseo.

Todo esto sustenta la idea de que Humbert jamás pudo trascender ante los impulsos de sus pasiones. Humbert nunca se hace dueño de sus placeres ni logra moderar sus deseos usando la templanza que menciona Sponville en su Pequeño tratado de las grandes virtudes; más bien, estos lo dominan a él, lo hacen su esclavo, le quitan el goce de la libertad e inhiben su capacidad de ser justo. Sponville (2008) lo plantea de la siguiente forma: “La no limitación de los deseos, que nos condena a la carencia, a la insatisfacción a la desgracia, solo es una enfermedad de la imaginación” (p. 49). Por lo cual, Humbert es un hombre insatisfecho y enfermo en su espíritu carente de la templanza que debería tener un hombre culto como él.

Por último, hay que tener en cuenta que Humbert ni siquiera logra amar a Lolita en los momentos en que se enfrenta a su pérdida, puesto que no logra redimir a su espíritu al renunciar a ella demostrando que su amor en realidad podía ser superior a sus deseos. Este tipo de escenarios se plantean en otras obras literarias como Memoria de mis putas tristes, de Gabriel García Márquez, o Noches blancas, de Fiódor Dostoievski, en las cuales se representan personajes masculinos que también afirman amar a sus respectivas compañeras de trama, y logran demostrar que su amor es verdadero dada su disposición de sacrificio en favor de la felicidad del objeto de sus sentimientos; esto, evidentemente, jamás pasa con Humbert en Lolita. De hecho, Humbert nunca se plantea la posibilidad de perder a la

niña, y si lo hubiera hecho así, habría podido darle un valor en su finitud, llegando así a amarla de verdad con un sentido melancólico, el cual los habría liberado de la tragedia.

Referencias

- Aristóteles (1994). *Metafísica*. Gredos.
- Aristóteles (1999). *Retórica*. Gredos.
- Bataille, G. (2007). *El erotismo*. Tusquets editores.
- Byung-Chul, H. (2014). *La agonía del Eros*. Herder.
- Foucault, M. (1994). *Hermenéutica del sujeto*. Ediciones de la Piqueta.
- Hernández, V. (2018). *Lolita y la intertextualidad*. [Trabajo de grado]. Universidad Santo Tomás, Colombia.
- Kant, I. (1991). *Antropología*. Alianza editorial.
- Mélich, J-C. (2014). *Lógica de la crueldad*. Herder editorial.
- Nabokov, V. (1991). *Lolita*. Anagrama.
- Orozco, W. (2015). "La niña fatal y otros arquetipos femeninos en *Lolita*". *Trama y fondo*, 39, 135-145.
- Platón (2014). *Banquete*. Gredos.
- Sponville, A. (2008). *Pequeño tratado de las grandes virtudes*. Paidós.
- TommasoDegliEsposti. (agosto 7 de 2009). *Nabokov su Lolita* [Video]. YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=xkr7Ts9GBBM&t=5s>.